

Para que el Mundo Crea

Movilizando el sacerdocio universal de creyentes para cumplir la Gran Comisión de Jesús

Por David Miller

Introducción

Si eres miembro de una tradicional iglesia cristiana, es probable que formas parte de un sistema organizativo que cae en una de las tres categorías siguientes.

Puede ser una organización **episcopal**, dirigido por obispos o superintendentes que manejan todo o casi toda la autoridad administrativa. Iglesias gobernadas por obreros episcopales tienden a organizarse en jerarquías de ministros y dan considerable poder a los obispos o ancianos ordenados.

O quizás es una iglesia gobernada por el sistema **presbiteriano**, donde rige el ministerio "profesional." Aquellos quienes ganan un título teológico académico también obtienen la ordenación al ministerio y, muchas veces, un salario por su trabajo para el Señor.

Posiblemente tu iglesia es **congregacional** en su gobernación. Los ministros son nombrados por voto de la congregación local y sirven en la obra por un período de tiempo definido. Si estos siervos manejan un tipo de credencial ministerial, esto depende de la recomendación de su iglesia local.

Cualquiera que la organización, si la tuya es una iglesia que crece, una iglesia que siempre alcanza a almas nuevas para el Señor y la forma en seguidores fieles y efectivos de Jesucristo, sospecho es porque opera con el ministerio **laico**. Quiere decir que hay muchos ministros con distintos dones del Espíritu Santo que labran en yugo igual para realizar la obra de Dios.

El término "laico" es mal entendido en muchos círculos de la cristiandad hoy en día. Automáticamente, pensamos en "voluntario" o "no preparado" o tal vez "un novato" cuando se trata de un obrero laico. Pero la Biblia no lleva tales matices al referir a los laicos. En el griego, idioma original del Nuevo Testamento, "*laos*" significa "pueblo." Por ende, una obra laica es una obra del *pueblo de Dios*--TODO el pueblo de Dios.

El ministerio laico implica que cada discípulo de Cristo tiene la capacidad y la obligación de activarse en una obra que cumple la Gran Comisión de nuestro Señor Jesús. Es la clase de ministerio que Pablo apunta en Efesios 4 y la cual, asumimos, caracterizaba la iglesia del Nuevo Testamento.

Pocas iglesias americanas o europeas en nuestra época operan con el ministerio laico, sin embargo, muchos movimientos del evangelio en naciones donde no ha existido una cristiandad tradicional están operando efectivamente con obreros laicos. Tales movimientos también tienden a usar al Nuevo Testamento como guía para la organización eclesíástica.

El Movimiento de la Iglesia de Dios nació con obreros laicos, o sea seguidores de Jesucristo que estaban convencidos que la estrategia que desarrolló los primera generación de creyentes cristianos sigue siendo la mejor estrategia para cumplir la Gran Comisión. Nos referimos a la "generación apostólica" de Pedro, Juan, Pablo y los demás figuras del Nuevo Testamento que "trastornaron el mundo entero" con su testimonio potente a la resurrección de Jesús. Los pioneros del Movimiento de la Iglesia de Dios, creían que la obra laica es la más efectiva para cualquiera época de la historia o cualquier cultura del mundo.

D.S. Warner lo expresó así en su diario, "El 31 de enero (de 1878) el Señor me mostró que toca juntar la santidad a toda verdad para edificar la iglesia apostólica de Dios viviente. ¡Gloria a su nombre! Lo obedeceré." Warner identificó cinco prácticas fundamentales de la iglesia apostólica para poner en práctica. Los primeros hermanos que se añadieron al naciente movimiento a fines del siglo 19 se comprometieron a vivir según estas normas apostólicas:

> Llevamos una vida santa anticipando el pronto retorno de Cristo.

> Nuestra única regla de fe es la Biblia, por ende no suscribimos ningún credo o declaraciones de fe.

> Somos gobernados por el Espíritu Santo, no por jerarquías humanas.

> No emitimos credenciales ministeriales porque debe existir una sola clase laica de obreros.

> No llevamos una lista formal de membresía, siendo que solo Jesús puede colocar miembros a su Cuerpo. (Extraído de *Principios Formativos del Movimiento*, 1881, Carson City, MI, EEUU.)

Es llamativo el hecho de que a principios del siglo 21, otros pensadores cristianos están descubriendo los mismos principios de la iglesia apostólica, especialmente cuando su aplicación hace crecer el evangelio en maneras sin precedentes.

Por ejemplo, Alan Hirsh ha descubierto lo que denomina la "Genialidad Apostólica" del Nuevo Testamento. En su libro *The Forgotten Ways, (Los Caminos Olvidados*, Grand Rapids, MI: Brazos Press. 2006) el pastor de la Iglesia de Cristo del Sur de Melbourne (Australia) y fundador de la Red de Entrenamiento Misionero *Forge* comparte su convicción de que ya no funcionan las formulas desarrolladas por las modernas iglesias occidentales para hacer crecer el Cuerpo de Cristo.

En vez de modificar levemente estas soluciones tecnificadas para plantar nuevas iglesias, Hirsch recomienda que aprovechemos el poder de la iglesia primitiva, movimiento que creció de no más de 25.000 adherentes en el 100 d.C. hasta 20 millones durante los próximos 200 años.

Hirsch sostiene que el crecimiento meteórico de algunos movimientos del evangelio en el mundo de hoy se debe a la misma "Genialidad Apostólica" que operaban en la iglesia

primitiva. Parece que el modelo más eficaz para administrar y expandir la obra de Dios no ha cambiado nada en los últimos 20 siglos. Se puede decir que la estrategia que Cristo enseñó a sus discípulos para cumplir la Gran Comisión es, pues, la mejor de todas.

David Watson descubrió esta verdad sirviendo como misionero en el norte de la India por varios años. Después de un sinnúmero de fracasos y desastres (en un periodo de 18 meses, seis de sus colaboradores murieron mártires a manos de los no creyentes indios) Watson descubrió el plan neo testamentario para edificar la iglesia. Cuando lo captó, modificó su estrategia de hacer discípulos conforme a la práctica apostólica.

Los resultados sobrepasaron toda expectativa. En un área de la India donde nunca había existido una iglesia cristiana, nacieron 8 congregaciones en un año. El siguiente año produjo 48 nuevas iglesias, el tercero 126, el cuarto 500, y el quinto año, más de 1.000.

La estrategia que Watson aplicó parece en muchos aspectos la visión de D.S. Warner y sus colegas. Watson da consejos a los que quieren ver el evangelio crecer de veras, que son casi iguales a los Principios Formativos del Movimiento Iglesia de Dios. Unos son:

- > No instalar un proceso académico formalizado e institucionalizado para formar a obreros.
- > No “ordenar” (sic) a los graduados de instituciones académicas para ser los únicos que pueden dirigir la iglesia
- > Mantener amplia libertad para que todo obrero competente predique y enseñe la Palabra, y celebre las ordenanzas.

El movimiento de Watson eventualmente saltó las fronteras de la India y se volvió en una red internacional de iglesias. Hasta el momento, se estima que se ha bautizado seis millones de creyentes nuevos.

(*Contagious Disciple-Making*, Watson, David and Paul, Nashville, TN:Thomas Nelson. Diciembre de 2014.)

Para los que queremos cumplir la misma Gran Comisión hoy en día en distintas partes del planeta, vale la pena entonces hacer unas preguntas serias, como son:

¿Qué son las características de la iglesia apostólica revelada en el Nuevo Testamento?

¿Qué pasó en los 20 siglos interinos para que la iglesia de Dios hoy en día sea tan diferente que la iglesia de Dios el Nuevo Testamento?

¿Cómo podemos los creyentes del siglo 21 restaurar la visión de la iglesia apostólica para ser más eficaz nuestra obra a favor de la Gran Comisión de Jesús?

Lo que sigue es un intento humilde pero sincero de ofrecemos algunas respuestas a estas preguntas tan trascendentes para cada creyente cristiano.

I. El Ministerio en el Nuevo Testamento

No se encuentran las palabras "pastor ordenado" en la Biblia. Igual como muchos otros términos de nuestro vocabulario eclesiástico, esta no existe en las páginas de las Escrituras. Los que basamos nuestro cristianismo en el Nuevo Testamento, hemos de preguntarnos: ¿Es bíblico ordenar a los pastores en la iglesia?

Los que defienden la costumbre mantienen que, a pesar de que el Nuevo Testamento no contiene referencias a ceremonias de ordenación, la doctrina fundamental de ordenación está allí. Dios ordenó a Jesús, quien, a su vez, ordenó a sus discípulos. Luego, Pablo exhorta a Tito que “establece ancianos en cada ciudad” de Creta.

Pero, antes de aceptar esta justificación por la ordenación, debemos reflexionar seriamente en el concepto neo testamentario del ministerio cristiano. Preguntémosnos, por ejemplo, ¿Quién es un ministro? ¿Que implica el título? ¿Qué relación existe entre el ministro y la iglesia?

El Sacerdocio Universal, El Cuerpo Dotado

Bajo el Antiguo Pacto, Dios constituyó un sacerdocio profesional, el Levítico, para mediar sus relaciones con Israel. Estos sacerdotes, como los sacerdotes de otras religiones de la época, se pararon entre Dios y el hombre como representantes e intercesores.

Un requisito de ser sacerdote en Israel fue la perfección física y moral; un Levita fue descalificado de servir si llevaba una deformidad o una lesión permanente. Los que se consideraban dignos pasaron un rito de inducción, que incluía la purificación ceremonial del pecado. Cumplida esta iniciación, el sacerdote fue autorizado entrar al lugar santo para ofrecer holocaustos por los pecados del pueblo.

Después de la muerte y resurrección de Jesucristo, sus seguidores se dieron cuenta de que el sacerdocio al estilo del Antiguo Pacto ya fue obsoleto. Una vez que entendieron claramente las palabras de Jesús acerca del "Hijo del Hombre" quien vino "para dar su vida en rescate por muchos" (Mat. 20:28), ya concluyeron que su holocausto cumplió, una vez por todo, el plan redentor de Dios.

El autor de Hebreos dedica seis capítulos de su epístola a la explicación de la manera en que Cristo, el "gran sumo sacerdote" (Heb. 4:14) es mucho más superior a los sacerdotes levíticos de Israel quienes fueron meras "figuras de las cosas celestiales" (9:23). Cristo reemplazó a tales sacerdotes como el "mediador de un nuevo pacto" (9:15). Además, él logró algo que jamás pudieran hacer los Levíticos: “con una sola ofrenda, hizo perfectos para siempre a los santificados" (10:14).

El autor de hebreos, entonces, prácticamente desmonta la opinión general de los judíos sobre el sacerdocio. Más Pedro y Juan hacen un paso más lejos de la tradición religiosa y proclaman que nosotros, los creyentes en Jesús, somos todos sacerdotes. Pedro exhorta: “sed edificadas como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo." (I Ped. 2:5) Dos

veces en el Apocalipsis, Juan refiere a los creyentes como "sacerdotes de Dios." (1:6; 20:6) Quizá s estos apóstoles se acordaban de las palabras de Jesús en la Santa Cena: "porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos." (Mat. 23:8) De todos modos, los escritores del Nuevo Testamento están de acuerdo de que la categoría sacerdotal es universal. ¡Nosotros los creyentes lo somos!

Varios escolares del Nuevo Testamento han captado las implicaciones del sacerdocio universal de los creyentes. En su exposición del tema, Albert F. Gray escribe: "Todos los miembros de la iglesia somos hermanos de un nivel común. Todos tenemos derechos iguales y acceso igual a Dios" (1944, p. 117). Anotando que el gobierno de la iglesia primitiva incorporaba una "democracia espiritual," Charles E. Brown declara: "La igualdad de todos los cristianos ante Dios no deja lugar para un mando autocrático y dictatorial en la iglesia de Dios" (1947, p. 134).

John P. Brooks, reflexionando en la flexibilidad del sacerdocio universal en adaptarse a la obra de la Gran Comisión observa: "Es fácil ver cuán mal adaptado e impracticable hubiera sido el ministerio del judaísmo con su sacerdocio ecléctico, su rito incómodo y sus costumbres onerosas si lo comparamos a una religión universal . . . Como está ahora constituido el ministerio de la iglesia, sus evangelistas y predicadores pueden salir, en cumplimiento de su comisión, enseñando a las naciones y anunciando el evangelio a cada criatura" (1891, p. 99). Alex Deasley hace eco a esta observación, describiendo la iglesia neo testamentaria como "una iglesia viva, pulsando con una dedicación a la misión, abierta a y dependiente de la actividad dinámica del Espíritu Santo y negando encerrarse en formas que inhibiría esa actividad" (1984, p. 79).

La doctrina neo testamentaria del ministerio enfatiza claramente que cada creyente es un ministro, un sacerdote, de Dios. Por supuesto, cada uno cumple un papel único en ayudar cumplir con la Gran Comisión, pero no es la intención que esas funciones individuales creen categorías o clases dentro el cuerpo de Cristo. Cada ministro es igual en autoridad y responsabilidad a cada otro ministro.

Tareas Especiales

Si los que acabamos de decir es verdad, entonces, ¿por qué aparecían unos pocos ministros "profesionales" en la iglesia primitiva entre la gran mayoría de ministros "laicos?" ¿Por qué, por ejemplo, gozaban los doce apóstoles de la iglesia en Jerusalén el lujo de ocuparse, tiempo completo, con la oración y enseñanza de la Biblia mientras los Siete (Esteban, Felipe, etc.) tuvieron que servir la mesa? (a.C. 6:2-4) ¿Por qué se reclamaba Pablo el derecho de comida y bebida, el derecho de la compañía de una esposa, y el de dejar de trabajar para ganar la vida? --a pesar de que no aprovechaba de tales privilegios. (I Cor. 9:4-5).

Un análisis de las vidas personales de los ministros "profesionales" del Nuevo Testamento revela que sus puestos asalariados resultaron de la intersección de dos factores: la llamada de Dios para realizar una tarea especial y las circunstancias extraordinarias que esta tarea presentó.

En otras palabras, Pedro estaba contento ganar la vida como pescador, hasta que Jesús los hizo un pescador de hombres. Desde aquel momento en adelante, le llegaban tantas invitaciones para predicar y enseñar la Biblia, que no le quedaba tiempo para pescar. Sus nuevas circunstancias requerían un ajuste económico, entonces Pedro se hizo un rabí.

Esto no nos debe sorprender, acordándonos que Pedro, como la mayor parte de los primeros cristianos, fue judío. El oficio de rabí, un "gran maestro", había existido en su cultura por bastante tiempo. Hombres quienes poseían un conocimiento sobresaliente de las Escrituras dedicaban sus días hábiles al estudio y enseñanza. Además, recibían honorarios por hacerlo. A propósito Jesús se mantenía durante su ministerio terrenal en la misma manera.

Pablo, también, fue un rabí, habiéndose preparado formalmente para dicha profesión en la escuela de Gamaliel. Sin embargo, como todo rabí, Pablo había aprendido una habilidad rentable: coser tiendas. Esto le serviría bien en la tarea especial a la que Dios lo habría de llamar: fundar iglesias en comunidades gentiles a través del imperio romano.

Pablo recibió la llamada a ese ministerio mientras servía como maestro de estudios bíblicos en la iglesia de Antioquia, una congregación destinada a jugar un papel muy importante en el avance del cristianismo. Fundada por evangelistas "laicos" quienes habían emigrado a Siria durante la apoco de la persecución de Herodes, Antioquia fue la primera iglesia que ganó a almas gentiles. Estos creyentes tuvieron éxito de penetrar todos los niveles sociales de la comunidad, aún hasta la nobleza, y establecieron una basa de mayordomía tan sólida que podían mandar fondos destinados para aliviar la hambre en la iglesia matriz de Jerusalén.

Brown afirma que los acontecimientos en la iglesia de Antioquia "comprendían todo el futuro, y el cristianismo judaico de Palestina se consumía hacia el olvido" (Ibíd., p. 60). E. Stanley Jones está de acuerdo. "La fe cristiana no tuvo el éxito merecido en la iglesia de Jerusalén," escribe. "Los apóstoles tendían ser cada vez más el enfoque de autoridad; se les referían todo asunto para esperar su decisión. La iglesia se conformaba al modelo de la sociedad alrededor con sus caudillos autocráticos. . . Había de ponerse en marcha un fresco principio y se lo hizo en Antioquia" (1955, p. 129).

Dios escogió a la iglesia dinámica de Antioquia para lanzar la misión evangelística a los gentiles. Les dijo "Apartadme a Bernabé y Saulo para la obra a que los he llamado." (Hch. 13:2) En otras palabras, él seleccionó a dos hombres, en base de sus dones espirituales, para ser la extensión evangelística de la comunión cristiana-gentil de Antioquia.

Note que Bernabé y Saulo realizarían su ministerio evangelística bajo la dirección de la congregación de su origen. La iglesia de Antioquia los apoyaba con oración y, aparentemente, con finanzas. En cambio, Pablo y Bernabé fueron directamente responsables a la iglesia de Antioquia. Esto concluimos tanto de la naturaleza de su llamada, que les llegó a través de la iglesia reunida, como del hecho de que los

dos misioneros, al terminar su viaje evangelístico, volvieron a Antioquia a darles informes. (Hch. 14:26-27)

Responsabilidad Mutua, Comisión Limitada

Este ejemplo de la llamada divina y el siguiente reconocimiento de la iglesia ilumina bastante la filosofía neo testamentaria del ministerio. En primer lugar, demuestra el principio de responsabilidad congregacional. La iglesia local es el mejor laboratorio para producir ministros para el cuerpo de Cristo. La comunidad local sabe mejor que otros cuando está un ministro competente para realizar una obra. Pablo y Bernabé se activaban en la comunidad de Antioquia para más que una década. (Vea Hch. 11:25-26; Gal. 1:22-2:1) La iglesia tenía bastante oportunidad a verificar sus dones como predicadores y evangelistas.

Una relación de confianza y responsabilidad mutua iba desarrollándose entre Pablo, Bernabé y la iglesia de Antioquia. Cuando los dos terminaron su primer viaje misionero, volvieron directamente a Antioquia y "habiendo llegado, y reunido a la iglesia, refirieron cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos, y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles. Y se quedaron allí mucho tiempo con los discípulos." (Hch. 14:27,28)

Imaginamos a Pablo y Bernabé celebrando largas reuniones con los hermanos de Antioquia para evaluar el efecto de su misión a los gentiles. Los de Antioquia podían afirmar sus éxitos y, quizá, hacerles notar algunos errores. Luego, cuando Pablo y Bernabé viajaron a Jerusalén para defender su teología ante los apóstoles y ancianos, hermanos de la iglesia de Antioquia les acompañaron para apoyarlos moralmente. Esta clase de responsabilidad mutua comprende tanto beneficios como obligaciones.

El otro principio importante del ministerio que captamos de la designación de Pablo y Bernabé a la misión gentil es que Dios llama a ministros a cumplir tareas, no a ocupar oficios. Como decíamos antes, Pablo y Bernabé habían activado en la iglesia por años antes de que Dios los apartara para misioneros. Cuando la comunidad de Antioquia les impuso las manos, no realizaban una ceremonia para inducir a estos dos hombres en "el ministerio." Más bien, sellaban un pacto. Confiando que Dios había designado a Pablo y Bernabé a un ministerio pionero de la evangelización, la iglesia de Antioquia los despachó con una expresión solemne de su solidaridad con aquella misión. El imponer las manos, que en otros contextos bíblicos se asocia con las peticiones, también significaba confianza en Dios de brindarles lo necesario para cumplir la tarea.

No se olvide de que no fue la intención de la iglesia comisionar a Pablo y a Bernabé a una tarea que ocuparía el transcurso de sus vidas. Aparentemente, la iglesia creía que su llamada extendía a solo un viaje misionero, porque antes de que Pablo iniciara la segunda gira, los creyentes de Antioquia lo comendaron de nuevo. (Hch. 15:40) No existe ninguna señal de que ellos tomaban su tarea misionera como una "llamada perpetua."

La naturaleza temporal de las llamadas a obras específicas en el Nuevo Testamento se ve contradictoria al concepto moderno de que "el ministerio" es una llamada perpetua. Sin embargo, escolares bíblicos concuerdan que es así. Wiezsacker afirma que, durante la época neo testamentaria, los puestos eclesiásticos son tanto voluntarios como revocables, y nos hace recordar que fue Clemente, en el segundo siglo, quien propuso por primera vez "el principio del ejercicio de toda la vida" (*The Apostolic Age of the Christian Church*, vol. II, pp. 333-334). Brown dice: "Es uno de los datos más ciertos de la historia del Nuevo Testamento que no existía ejercicio perpetuo de un oficio sin el buen comportamiento y reconocimiento constante de la iglesia" (Ibíd., p. 139).

Es importantísimo que entendemos este punto claramente, porque, durante los siglos, teólogos tradicionalistas han argumentado que este incidente en Antioquia es un ejemplo de la ordenación ministerial en el Nuevo Testamento. Obviamente podemos decir que la iglesia comisionó a Pablo y a Bernabé como misioneros, igual como las iglesias hoy en día comisionan a misioneros antes de enviarlos a su trabajo en el campo extranjero. Sin embargo, lo que hicieron en Antioquia en ninguna manera justifica la práctica de ordenación ministerial. Ella implica tanto la inducción en una profesión como la asignación perpetua. Esas ideas jamás ocurrieron a la gente de Antioquia.

Entonces, ¿cómo es que el servicio comisionado que celebró la iglesia de Antioquia para Pablo y Bernabé llegó a confundirse con la ordenación ministerial? La respuesta a esa cuestión tiene mucho que ver con el poner las manos.

El Toque de Oración

La mayoría de los casos en que el Nuevo Testamento habla de las manos son en relación a la sanidad, (por ejemplo "y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba," Luc. 4:40) o en relación a la cárcel (por ejemplo, "al buscar cómo echarle mano, temían al pueblo" Mat. 21:46). Una vez Pablo puso sus manos sobre unos cristianos en Éfeso y fueron bautizados con el Espíritu Santo. (Hch. 19:6) Tengamos presentes estos ejemplos para que entendamos que, en el Nuevo Testamento, el poner las manos no coincide exclusivamente con ministros.

Cuatro veces el poner las manos se menciona en relación a los ministros. Fuera del caso de Antioquia, sabemos que los apóstoles les impusieron las manos a los Siete asignados a distribuir víveres a las viudas en la iglesia de Jerusalén. (Hch. 6:6) Otra vez, este caso aparece ser una clase de comisionado, puesto que, como Pablo y Bernabé, los Siete ya eran conocidos como ministros activos en la iglesia antes de recibir esta tarea especial.

Los dos casos más tienen algo que ver con Timoteo, el aprendiz de Pablo. En una instancia, Pablo le hace recuerdo de avivar "el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos" (2 Tim. 1:6). En otro texto, Pablo le aconseja "No impongas con ligereza las manos a ninguno" (1 Tim. 5:22). Algunos teólogos juntan estas dos escrituras y

concluyen que Pablo ordenó a Timoteo al ministerio y, luego enseñó a Timoteo ordenar a otros al ministerio.

La cuestión es esta: ¿sostiene la evidencia esta conclusión? En primer lugar, es muy posible que el "don" que recibió Timoteo por las manos de Pablo fuera uno o más de los dones del Espíritu. El ejemplo de los Efesios establece el precedente para tal conclusión. Segundo, para que Pablo ordenara a Timoteo, él mismo hubiera tenido que ser ordenado, y no hay evidencia de tal cosa, a menos que uno toma su comisión en Antioquia como una ordenación. En tercer lugar, sabemos que Pablo, al momento de aceptar a Timoteo, quien era medio Judío, como compañero en la misión evangelística, lo hizo circuncidar. Esto fue una concesión a los cristianos judíos en esas alturas, gente muy legalista, para que aceptaran a Timoteo como verdadero hermano y obrero. Sin embargo, parece que esta fue la única credencial que precisaba el joven predicador. Hubiera sido superfluo el rito de ordenación.

Recuerde lo que dijo Pablo a los Corintios: ¿O tenemos necesidad, como algunos, de cartas de recomendación para vosotros, o de recomendación de vosotros? Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres." (2 Cor. 3:1,2) Su comentario revela poco interés en ritos o reconocimientos formales para ministros. Más bien, Pablo busca el fruto, los resultados, del ministerio. Si están presentes, ¿por qué precisa el ministro una credencial escrita para comprobar que es un verdadero mensajero de Dios? Si están ausentes, ¿qué valor tendrá una credencial escrita para tal chántela?

Una causa más por la asociación entre el imponer las manos y la ordenación ministerial es porque Pablo, Bernabé y Tito establecieron a ancianos en las iglesias que fundaron en Asia y Creta. Pero esas designaciones tenían más que ver con el alzar las manos que el imponer las manos. El verbo griego "xierontoneo" que se usa en Hechos 14:23, significa "elegir por votación popular." El papel que jugaron los misioneros en la designación de estos ancianos probablemente fue el presidir sobre los comicios congregacionales que eligieron a los candidatos por consenso. No hay pruebas para sostener la pretensión de que los misioneros nombraron a sus colegas favoritos para llevar adelante su ministerio personal. En sus comentarios sobre estos nombramientos, Russell Byrum escribe: "No existe razón por creer que esto sucedió independientemente de la aprobación o colaboración de los miembros de aquellas congregaciones" (1925, p. 534).

Vemos aquí el mismo modelo del servicio de comisionado que se presenta en Antioquia. Los creyentes del cuerpo local, reunidos en el mismo lugar, reconocen la llamada de Dios a ciertos ministros para que cumplan una tarea específica en la misión de la iglesia. En demostración de su concordancia con esa misión, oran, poniendo las manos sobre sus hermanos ministros. El significado de esta clase de servicio de comisionado es la participación de todo el cuerpo en la obra de la Gran Comisión. Además, como partes integrales del cuerpo de Cristo, los que han recibido la llamada especial son mutuamente responsables a los demás integrantes del cuerpo durante el período que descargan sus tareas específicas.

Esto es lo que el Nuevo Testamento enseña acerca del imponer las manos. Es lejos de la doctrina contemporánea de la ordenación ministerial. Es porque la doctrina contemporánea de la ordenación ministerial, como vamos a ver, no tiene su origen en el Nuevo Testamento.

II. La Doctrina de la Sucesión Apostólica

La institución del ministerio ordenado se estableció en la época post-apostólica de la cristiandad. Durante esos siglos, dos oponentes formidables amenazaban la existencia misma de la iglesia. Fueron la persecución y la herejía.

Por supuesto, la iglesia había enfrentado estos desafíos más antes. Herodes persiguió enérgicamente a la iglesia de Jerusalén; los Judaístas y los Nicolitas habían perturbado a los creyentes gentiles en Galacia y en Asia. En esa crisis, la iglesia se sostenía por el testimonio de los apóstoles, los mismos "que habían estado con Jesús". Pero cuando la primera generación de discípulos pasó del escenario, los creyentes se vieron obligados a llevar estos conflictos espirituales sin el apoyo autorizado de testigos vivos. La cuestión de autoridad en la iglesia estaba en todos los labios.

Recuérdese de que el c non neo testamentario aún estaba formándose. La cristiandad existiría por más de trescientos años antes de que sus teólogos coleccionaran y publicaran, de una vez, los libros inspirados del Nuevo Testamento. Mientras tanto, líderes eclesiásticos propondrían varias respuestas a la cuestión de autoridad.

Una solución que rápidamente se hizo popular con la mayoría de los líderes eclesiásticos fue la doctrina de la sucesión apostólica. La pretensión de que los pastores y obispos eran descendientes espirituales directos de los 12 discípulos de Jesús, le dio mucho prestigio a esta clase de ministros. También les otorgó un arma potente en defensa de la fe ortodoxa y de la unidad de la iglesia.

Clemente, quien escribió una carta a la iglesia de Corinto cerca del año 96 d.C., alude a esta tendencia de exaltar la autoridad eclesiástica humana. Los Corintios rebeldes habían votado para reemplazar a sus obispos--nótese que existía un buen número de tales pastores en aquella iglesia--con un grupo nuevo. Clemente, un obispo en Roma en aquel entonces, decía, en efecto "Uds. no pueden hacer eso." Dios había puesto a los obispos en la iglesia, decía Clemente, y su intención fue para que sirvan para toda la vida. La iglesia no tenía otra opción, entonces, más que someterse a la voluntad de Dios, implicaba también sumisión a los obispos.

La idea de que un obispo poseía autoridad divina se pasó de boca en boca muy pronto. Solo 25 años después de la controversia corintia, Ignacio de Antioquia exhortaba a la iglesia de Tralles "a considerar al obispo como al Señor mismo" (Chadwick, p. 41). Además de insinuar en contra de la práctica neo testamentaria (vea Fil. 1:1) que debe existir solo un obispo en cada congregación, Ignacio reclama autoridad inaudita para el oficio. El aconseja a la iglesia que no debe celebrar el bautismo, el matrimonio, ni la Santa Cena sin permiso del obispo. El obispo tenía tal autoridad, dice Ignacio,

porque goza de una relación "monárquica" con Dios a través de Cristo y los apóstoles. (González, p. 176-177).

Para fines del segundo siglo, la creencia en la "episcopacia monárquica" se había aceptado de tal manera que Tertuliano, un teólogo africano, se basaba en ella cuando intentaba refutar a los Montanistas. El montanismo, una especie de movimiento carismático antiguo, había surgido en reacción a la aridez espiritual que caracterizaba la iglesia establecida en aquella era. En su argumento contra los montanistas, Tertuliano insistió en que ellos no tenían derecho de criticar a la iglesia apoyándose en las escrituras. La Biblia es propiedad exclusiva de la iglesia "apostólica", decía Tertuliano, y solo los que han descendido directamente de los apóstoles pueden interpretarla correctamente. Siendo que los montanistas no son descendientes de los apóstoles, es decir no son obispos, entonces no saben interpretar la Biblia. (Ibíd., p. 176).

Es interesante observar que, poco después de escribir su refutación, el mismo Tertuliano abandonó la iglesia institucional para hacerse un montanista. "Los motivos para que diera ese paso no son claros," dice un historiador de la iglesia, "pero parece que el montanismo representaba para él el espíritu de protesta contra el creciente poder del clero."

A pesar de la separación de uno de sus más eruditos teólogos, la iglesia católica continuaba agrandando el poder de sus obispos. (Tertuliano, a propósito, es mejor conocido por su tesis *Contra Praxeas* la cual sentó base para la doctrina de la Trinidad. Escribió esta obra importante después de volverse montanista.) Ireneo, un misionero en Francia y coetáneo de Tertuliano, apelaba a la doctrina de sucesión apostólica en su debate con los gnósticos. Esta falsa secta no creía en la salvación por la fe, sino en la salvación por la gnosis, o sea, "ciencia secreta" de Dios. Ireneo insistía que la gnosis no era un camino a la salvación porque no fue posible que los mismos gnósticos poseyeran una ciencia secreta de Dios. Si hubiera existido tal ciencia secreta, decía Ireneo, Cristo solo la habría confiado a sus 12 discípulos, quienes la habrían pasado a los obispos. Siendo que los obispos desconocen semejante "ciencia secreta" de salvación, concluye, tal cosa no puede existir.

No pasó mucho tiempo para que después de esto los teólogos católicos concedieran aún más poder a los obispos en cuanto a la salvación. A mediados del siglo tres, Cipriano de Cartago estaba proponiendo su teoría de la iglesia como el "arca de la salvación. Igual como en tiempo de Noé, nadie que no estuviera dentro del arca podría ser salvo, ahora también solo los que están dentro de la iglesia pueden ser salvos" (Ibíd., p. 248). Además, Cipriano planteó que la iglesia y el obispo son la misma cosa: "El obispo está en la iglesia y la iglesia en el obispo, y donde no hay un obispo, no hay una iglesia" (Ibíd. p. 249).

Hipólito, un coetáneo de Cipriano y obispo de Roma, manifiesta claramente lo que insinúa su colega africano: los obispos poseen el poder de perdonar el pecado. El mismo Hipólito dividió la iglesia romana por esta cuestión, insistiendo que ciertos pecados "mortales"--homicidio, fornicación y herejía--no debían perdonarse. Pastores más

tolerantes estaban de la opinión de que el sacrificio de Cristo podía rescatar a cualquier pecador. Sin embargo, Hipólito se mantenía firme en sus convicciones. El negaba la salvación a ciertos pecadores y exhortaba a sus colegas a actuar igualmente.

Es increíble--y repugnante a la vez--contemplar cómo, en solo 250 años, la iglesia había divagado de la libertad gloriosa del ministerio neo testamentaria al sistema clérigo autocrático del catolicismo. En lugar de un sacerdocio universal de todos los creyentes, ahora existe una casta exclusiva de sacerdotes ordenados quienes pueden negar el perdón y la salvación a cualquier persona. La promesa de Jesús en dar a sus seguidores el Espíritu Santo, quien "os guiar a toda la verdad", se ha pervertido en la suposición de que solo los obispos, quienes pretenden ser descendientes directos de los 12 apóstoles, son capaces de interpretar la Biblia. La petición de Jesús de que su cuerpo sea uno, basada en la relación divina de "yo en ellos y tú en mí" (Jn. 17:23) queda anulada por la insistencia de que la fidelidad al obispo es la base para la unidad de la iglesia.

Si todo esto no fue suficiente, debemos notar que, al mismo tiempo en que los teólogos antiguos transformaban el ministerio cristiano en un sistema sacerdotal, también estaban ocupados en alterar la ordenanza de la Santa Cena en el sacramento de la misa. Ya no era un banquete conmemorativo para "anunciar la muerte del Señor hasta que él venga", sino un holocausto que transmitía la gracia a los que tomaban los elementos.

Estas dos distorsiones del cristianismo bíblico iban desarrollándose conjuntamente. Pues, un dogma fundamental de la religión sacerdotal es que un holocausto precisa de un sacerdote para ofrecerlo. Un mero "laico" no ordenado no tiene derecho de hacerlo. Ahora, se trata del significado de la misa católica. En cada misa, un "sacerdote cristiano" sacrifica de nuevo el cuerpo y sangre de Jesús. El sacrificio permite al sacerdote, en turno, transmitirles a los feligreses la gracia salvadora.

¿Entonces, nos sorprende que la iglesia católica considere también a la ordenación ministerial como un sacramento? Por supuesto así es. El sacramento de la misa requiere que quien lo administra recibe primeramente el sacramento de la ordenación. Según la teología católica, cuando los obispos imponen las manos a un novato, para consagrarlo al sacerdocio, le transmiten la gracia y autoridad para realizar el "milagro" de los sacramentos. Ya tiene un poder especial que no poseen los demás creyentes laicos. Los obispos poseen este poder, dice la doctrina de la sucesión apostólica, por estar en el linaje directo de los apóstoles.

Entonces vemos, en la época de Hipólito quien pastoreó la iglesia romana dos siglos después de la muerte de los 12 discípulos, que cambios sutiles han alterado a la iglesia de Dios de una manera increíble. Especulamos que si Pedro y Pablo habrían regresado al mundo, en aquel momento de la historia, hubieran sido capaces de reconocerla como tal.

Más, nos preguntamos lo obvio: ¿cómo se había llegado a tal punto?

Política Romana, Religión Judía

Durante los siglos segundo y tercero después de Cristo, los líderes, buscaban a tientas encontrar soluciones al problema de autoridad dentro de la iglesia. La mayoría de ellos, parece que, optaron por seguir un camino que es todavía muy popular hoy en día: adoptar la organización y prácticas de la cultura popular del mundo.

En aquel entonces, la cultura popular estaba dominada por el imperio romano. Los romanos apreciaban una sociedad estrictamente ordenada, una autoridad definida y visible, una cadena de mandato bien organizada, y una administración pública centralizada. Justo González, en su obra extensa, de tres tomos *Historia del Pensamiento Cristiano*, reconoce al imperio romano como un factor importante al amoldar la organización y administración del cristianismo en aquella época: ". . . el imperio dejó su marca en la organización de la iglesia, y el código legal sirvió no solo a la ley canónica, pero también fue una de las fuentes de donde fue sacada el vocabulario teológico latino." (p. 59)

Otros han notado la influencia de la cultura secular que se evidencia en el desarrollo de la iglesia católica. C.E. Brown observa: "Indudablemente, el deseo de tener sacerdotes en la iglesia surgió de los convertidos gentiles, los cuales estaban acostumbrados a los órdenes sacerdotales en los templos paganos. Sin embargo, siendo que odiaban tanto al paganismo, ellos vieron necesario apoyar la práctica con referencia al orden del sacerdocio en el Antiguo Testamento" (op. cit., p 230).

Brown identifica correctamente el sacerdocio católico, y la doctrina de la sucesión apostólica que forma su base, como una mezcla de la cultura imperial romana y la teología del Antiguo Testamento. Otros eruditos bíblicos han descubierto la misma correlación. Marjorie Warkentin hace notar: "La jerarquía del sacerdocio antiguo testamentario estaba siendo empleado a propósito para el modelo del oficio eclesiástico. . . En respuesta a la amenaza del desorden, el oficio fue elevado y fijado según el modelo del sacerdocio antiguo testamentario" (1982, pp. 35, 61). Elaine Pagels dice: "Clemente propone una teoría sorprendente del oficio eclesiástico. El conjetura que la estructura de la autoridad en Israel, y específicamente las ordenes sacerdotales. . . ofrecen los modelos que realizan el cumplimiento en la estructura autoritaria en la comunidad cristiana" (Jul-Oct. 1976, p. 40). E. Schweizer hace notar que la doctrina de la sucesión apostólica ". . . es algo bien nuevo y extraño al Nuevo Testamento. Es la distinción entre sacerdotes y laicos" (1961, p. 145).

Aún los teólogos modernos, quienes defienden la doctrina de la sucesión apostólica, admiten que no es una idea neo testamentaria. Al exponer la justificación para el ministerio ordenado, H.B. Porter sugiere "que llamamos inmediatamente la atención a Dios el Padre y a Su siervo Abraham, porque el obispo tiene que ser un patriarca cristiano que representa a Dios y a Sus hijos en la tierra" (1967, p. xiv). Además, Porter admite que "tenemos que esperar hasta el tercer siglo para

obtener un texto de los ritos de ordenación" (Ibíd., p. xi), una clara admisión de que la práctica de ordenación no existía en la época del Nuevo Testamento.

Suponemos que los líderes de la iglesia post-apostólica, tenían tan buenas intenciones que, no se daban cuenta del daño que hacían al Cuerpo de Cristo por introducir la doctrina de la sucesión apostólica. Elevar el prestigio de los "ministros ordenados" fue simplemente una tentativa para dar, a la joven iglesia, una autoridad teológica y administrativa que ellos creían que le faltaba a ella. Si hubieran reflexionado más esmeradamente en las escrituras del Nuevo Testamento, habrían descubierto que a la iglesia no le faltaba, en ningún sentido, autoridad ni teológica ni administrativa. Dios le había otorgado abundantemente los recursos necesarios para guiar y gobernar a Su pueblo del Pacto Nuevo.

Dos Testigos Divinos

Aunque Dios ordenó al sacerdocio levítico para mediar sus relaciones con Israel, el Antiguo Testamento indica claramente que aquella institución cesaría de existir con la venida de la era del Nuevo Pacto. Tan pronto como la época del profeta Jeremías, Dios insinuaba tal hecho a Israel: "Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová; Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón, y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñar más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano diciendo: Conozca a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande" (31:33-34). Nótese que este pasaje describe la naturaleza de la relación entre Dios y Su pueblo, tanto personal como universal, bajo el futuro pacto nuevo.

El profeta Joel prevea la misma clase de relación personal y universal: "Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestro jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días." (2:28-29)

Estos textos mencionan dos modos importantes de comunicación entre Dios y Su pueblo durante la era del Nuevo Pacto: la Palabra y el Espíritu. Para que nos diéramos cuenta de cuan importantes canales de la verdad divina son estos, basta acordarnos cuantas veces la Biblia habla del Espíritu con el mismo contexto de la profecía o la predicación o la enseñanza. Una de las instancias bien conocidas está en Juan 14:26, donde Jesús les promete a sus discípulos: "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviaré en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho."

Estas palabras de Jesús describen la comunicación íntima entre Dios y el hombre, la cual preveía Jeremías y Joel para la edad del Nuevo Pacto. Además, Jesús les dice a sus discípulos, el tiempo está cercano cuando Dios inaugure esta relación íntima con Su pueblo.

En otras palabras, Cristo, "el Verbo hecho carne," no vino solamente a entregar un mensaje verbal al mundo. También vino a dar el Espíritu vivaz de Dios a los que creen en él.

Cuando el Espíritu prometido se derramó sobre los 120 discípulos en el Pentecostés, se asentó "sobre cada uno de ellos, y fueron todos llenos del Espíritu Santo." (Hch. 2:3-4) Obviamente, la intención de Jesús fue que todos sus seguidores en todas las generaciones gozaran de una comunicación íntima con Dios, viviendo en una relación renovadora con la Palabra Viva bajo la dirección del Espíritu Santo.

El Espíritu y la Palabra se dieron para dirigir y sostener a la iglesia de Dios. Ellos componen la última autoridad en el cuerpo de Cristo. Juan graba su visión extraordinaria de estos "dos testigos" en el capítulo 11 del Apocalipsis. Aunque para los que vivimos en esta fecha alejada es imposible entender perfectamente bien el simbolismo apocalíptico del mensaje en este pasaje, estamos seguros de que Juan emplea la figura de los dos olivos para representar el "óleo del Espíritu" y la de los dos candeleros para referirse a la "luz de la Palabra."

Juan ve a los testigos dando testimonio, el cual tormenta a sus enemigos en la tierra. Sin duda, se refiere al impacto desagradable, el "sacudir" y el "segar," que experimentan los pecadores rebeldes cuando oyen un testimonio espiritual de la verdad. Juan ve a los enemigos que pretenden hacer callar a los testigos, pero "sale fuego de la boca de ellos (los testigos) y devora a sus enemigos." (11:5)

La visión de Juan nos hace recordar, en una manera muy gráfica, de la autoridad del Espíritu y de la Palabra. No solo sostiene a los creyentes en la i.e., pero juntos tienen el poder de defender la fe misma de cualquier perseguidor o profeta falso. Entonces, si hemos de apelar a una autoridad en la iglesia, debemos reconocer que no existe ninguna autoridad dentro de ella mayor al Espíritu y a la Palabra. Dios ordenó a estos testigos en el cuerpo de Cristo para resolver cualquiera de todas las controversias.

Una vez que reconocemos la autoridad divina ordenada del Espíritu y de la Palabra, nos damos cuenta de que este es precisamente el punto donde se corrompió la doctrina de la sucesión apostólica. Su error fundamental es el de establecer una autoridad rival--una autoridad humana después de todo--al Espíritu y a la Palabra. Como vimos anteriormente en este estudio, los promotores de la sucesión apostólica utilizaron la doctrina para combatir la herejía que amenazaba a la joven iglesia. Irónicamente, la jerarquía que se evolucionó de esta doctrina es, quizás, la herejía más destructora que ha plagado a la iglesia durante los últimos diecinueve siglos de su existencia. Así es el resultado cuando sustituimos los valores y estructuras del mundo por la verdad bíblica.

A través de la historia de la iglesia, las autoridades humanas en ella han vivido en una inquieta tensión con la autoridad del Espíritu y de la Palabra. Los clérigos han visto necesario suprimir las manifestaciones del Espíritu y la lectura de la Palabra para mantener su prestigio monárquico. La clerecía ha cometido atrocidades tan anta-cristianas como el quemar en público las Escrituras y quemar en público a creyentes sinceros, todo en nombre de la preservación del orden y autoridad.

Pero la tensión entre la autoridad humana y la autoridad divina jamás puede resolverse por la persecución. Tampoco podrían meros hombres, a pesar del poder imponente que ellos habían amontonado para sí dentro de la iglesia institucional, usurpar para siempre la autoridad del Espíritu y de la Palabra. Tarde o temprano, el nuevo vino de la verdad divina rompería los odres viejos de la tradición humana.

III. Reformación y Restauración

Durante el siglo 16, la civilización europea se había desarrollado en una "cultura de cristiandad." El poder de la iglesia católica, representado por los sacerdotes, obispos, y el papa, la había relacionado con el poder secular en una alianza socio-política ahora reconocida como la "síntesis medieval." Según los historiadores John Dillenberger y Claude Welch: "La vida de la iglesia no estaba separada de otras actividades, más se difundió a todas ellas. El papado era tanto un poder político como espiritual." (1954, p. 4).

La síntesis se basó en la afirmación de que el papa, como vicario de Cristo en la tierra, era el administrador terrenal de la autoridad divina y, fue por lo tanto, que controlaba el destino eterno de cada cristiano. Dios también había ordenado autoridades "seculares", es decir príncipes, reyes, y nobles feudales, y les había dado derecho divino para promulgar leyes. Los poderes de la iglesia y el estado, por lo tanto, se complementaban uno al otro. Cuando estos no estaban peleando entre ambos, como sucedía muy a menudo, estaban destinados a cooperar en mantener el orden social.

Los príncipes seculares se confiaban en la fuerza obligada--cárceles, castigos corporales, ejecuciones y cosas parecidas--para mantener el orden y castigar la desobediencia. Las autoridades eclesiásticas tenían a su disposición armas más sutiles pero no menos intimidantes: las "llaves del reino." Como vimos anteriormente, la doctrina de la sucesión apostólica atribuía a un sacerdote ordenado el poder para absolver los pecados o, si él así lo prefería, negarse a dar el perdón. La jerarquía sacerdotal había trazado numerosos medios para ejercitar el poder espiritual. Esto incluía la confesión, penitencia, purgatorio, indulgencias, la inquisición, la comunión y, finalmente, excomunión. Si fuera necesario, el clero podría castigar el pecado fatal: herejía. En estos casos, los ofensores eran entregados al "brazo secular" de la iglesia para ser decapitados o quemados en la estaca.

Aunque la gran mayoría de la Cristiandad aceptó la síntesis medieval como la voluntad de Dios para la iglesia y la sociedad, unos pocos empezaron a dudar de ella. Los místicos medievales, quienes anhelaban y, en algunos casos, descubrían una directa experiencia personal con Dios, socavaron la noción de que Dios solamente podía ser experimentado a través de representantes sacramentales de la iglesia. Erasmo y otros humanistas contemporáneos quienes redescubrieron la dignidad del individuo, clamaron por la libertad intelectual.

Finalmente, los dedicados estudiantes del Nuevo Testamento armaron desafíos peligrosos a los poderes reinantes. El inglés, John Wycliffe, el erudito que tradujo, por primera vez, las Escrituras del Latín a su lengua nativa, fue una de las voces en

cuestionar el estado de funciones en la iglesia medieval. Unos 150 años antes de Lutero, el protestó abiertamente contra la doctrina de la transmaterialización, la cual enseñaba que en la consagración de los elementos, el pan y el vino eran milagrosamente transformados en el cuerpo y sangre de Jesús. Wycliffe justamente reconoció que la teología sacramental "situaba a un intermediario necesario y único entre Dios y el hombre" (Ibíd., p. 16.). Su estudio del Nuevo Testamento había revelado que el verdadero cristianismo no necesitaba de un intermediario aparte del mismo Cristo.

El historiador, Roland Bainton, llama al descubrimiento de Wycliffe "el más devastador ataque a la estructura de la iglesia" durante el periodo medieval porque "destrozaba al sacerdocio por desprestigiar el sacramentalismo" (1952, pp. 19-20). La reacción de la clerecía indica cuan revolucionaria le caía esta crítica del sistema sacramental. Declarando hereje a Wycliffe, lo condenaron a la hoguera. John of Gaunt, el soberano inglés, protegió a Wycliffe de la ira eclesiástica y, con el tiempo, el erudito murió por causas naturales. Sin embargo, unos años después, curas católicos desenterraron su cadáver y quemaron sus huesos en la hoguera como una seria advertencia a los demás "herejes."

El Llamamiento a la Reforma

"La iglesia necesita una reforma que no es la obra de un solo hombre, es decir el papa, ni de muchos hombres . . . sino que sea la obra de todo el mundo, pues es la obra de Dios mismo. Mientras tanto, no podemos negar los errores obvios. Se abusa y se somete el poder de las llaves a la codicia y ambición" (Luther, Obras latinas, 31:250, en González, op. cit., p. 32).

Así el monje alemán, Martín Lutero lanzó su brillante llamamiento a la reforma de la iglesia medieval. La chispa que encendió el movimiento Protestante del siglo dieciséis fue el descubrimiento de Lutero de la justificación por la fe.

Como un joven cura, fue asignado a dictar clases de teología, entonces escudriñó las escrituras para entender mejor los fundamentos teológicos de la iglesia católica. Pero lejos de apoyar el dogma que él había aprendido en el monasterio, la Biblia le convenció de que las doctrinas populares de su época tenían, más bien, graves errores. En especial, Lutero rechazó las enseñanzas que sostenían las ideas sacramentales/sacerdotales de la salvación.

Este rechazo, entonces, le guiaba a descubrir de nuevo el sacerdocio universal de los creyentes: "Todos los varones cristianos son sacerdotes, todas las mujeres cristianas son sacerdotisas, ya sean: jóvenes o viejos, patronos o siervos, maestras o mozas, eruditos o analfabetos. Aquí no hay ninguna diferencia" (Ibíd., 35:101, González, op. cit., p. 55).

Este entendimiento del sacerdocio ponía por los suelos la visión jerárquica de la iglesia que la iglesia católica defendía. Por eso, representaba una diferencia irredimible entre el católico y protestante. Como dice Justo González: "El sacerdocio universal de los creyentes es una fuerza que, a la vez, une la iglesia de Lutero y la libra de la dependencia de la jerarquía autocrática" (Ibíd., p. 56).

Ulrich Zwingli, un cura Suizo, se apoderó de la visión de la justificación por la fe e instituyó reformas en la iglesia de Zurich. El reconoció, igual como lo habían hecho antes Wycliffe y Lutero, la falibilidad de la iglesia sacramental/sacerdotal. "Pues, temo que si existe un error pernicioso en la adoración y alabanza del único, verdadero Dios," declaró, "es en el abuso de la Eucaristía" (Jackson, et. al., 1912-21), pp. 198-99).

En algunos puntos, la reforma suiza sobrepasó a la luterana en la cuestión de restaurar el cristianismo neo testamentario. Zwingli fue más allá que Lutero en rechazar las costumbres de la iglesia medieval, hasta abogar por el derecho de las congregaciones da nombrar a sus propios ministros. "Uno podría decir que, como Lutero solo rechazaba los elementos de la tradición que contradecían las escrituras, Zwingli cambió de plan, rechazando todo menos lo que las escrituras aprobaban. Su tarea fue la restauración del cristianismo antiguo," dice González. (p. 76)

Al otro lado, Zwingli mantuvo lazos estrechos entre la iglesia y el estado. En su patria, Suiza, la única diferencia fue que la iglesia ya no estaba sujeta a Roma. Ahora era el concilio municipal de Zurich el que nombraba a los ministros en sus oficios, controlaba la asistencia obligatoria a los cultos y pagaba sueldos a los clérigos con sus ingresos impositivos. "Aquí la unión de iglesia y el estado fue aún más íntima que en Sajonia," observa un historiador, "con la diferencia de que el estado fue constituido en una forma más democrática" (Bainton, p. 88).

A pesar de los cambios significativos que realizaron estos dos reformistas, ni Lutero ni Zwingli atacaron seriamente la síntesis medieval. Lutero creía en los derechos divinos de los reyes, y los exhortó utilizar la fuerza, cuando fuera necesario, para mantener el orden social. Tampoco Lutero no vino a ser un innovador radical en cuanto a cambiar la forma de la iglesia. Tómese en cuenta su reacción ante un colega de Wittenberg, quien dejó las vestimentas del clero para vestirse con un capote común de campesino y prefería ser saludado como "Hermano Andrés" en vez de "Doctor Carlstadt." Lutero lo botó de la ciudad. Evidentemente, no fue su intención de que la idea del sacerdocio de todos los creyentes sea acatada tan literalmente.

Sin restar importancia al impacto de los movimientos protestantes de Lutero y Zwingli, debemos reconocer que, en realidad, no se desviaron mucho de la situación social que dominaba la vida cotidiana en su época. No desafiaban la síntesis medieval. Claro, sus seguidores llegaron a establecer sus propias "iglesias estatales." A pesar de que los luteranos en Alemania y los Reformados en Suiza realizaron mucho trabajo para restaurar la teología de Nuevo Testamento, hicieron poco para restaurar la forma de la iglesia del Nuevo Testamento.

Sin embargo, hubo un movimiento protestante en el siglo 16 cuya meta expresiva fue la restitución de la iglesia neo testamentaria. A pesar de la intensa persecución que sufrieron en manos de las iglesias estatales medievales, persiguieron esa meta con gran compromiso.

El Llamamiento a la Restauración

Los reformistas "radicales" surgieron primeramente del círculo de Zwingli en Zurich, atraídos por su distinto programa de reforma. Pero dentro de poco tiempo ellos salieron de la Iglesia Reformada porque se dieron cuenta que Zwingli no quería hacer lo necesario para restaurar la iglesia de las reglas establecidas del cristianismo neo testamentario.

La gente les puso a los radicales el apodo de "anabaptistas." Esto se refería a su rechazo del bautismo infantil. Siendo que ellos no encontraron ningún precedente en el Nuevo Testamento para la práctica de bautizar a los niños, los radicales no consideraban válido el bautismo infantil. En cambio, ellos bautizaban a los adultos que testificaban su fe en Cristo, aunque fueran bautizados como niños. El insistir en el bautismo de creyentes les ganó el nombre "ana-bautistas" o sea "re-bautizadores."

Esto, por supuesto, fue uno de los muchos puntos que distinguían a los anabaptistas de los católicos y protestantes medievales:

La palabra Reformación generalmente se refiere al movimiento luterano, la palabra Reformado al movimiento de Zwingli y Calvino. La palabra "restauradores" sería la más apropiada para aplicar a quienes eran llamados anabaptistas por sus opositores. La gran palabra para ellos era "Restitución." Mucho más que cualquiera de sus contemporáneos, sondearon las escrituras para rescatar el modelo de la iglesia primitiva.

Lo que les llamó la atención fue el hecho de que la iglesia primitiva se componía solo de creyentes sinceros y de que, lejos de estar unida con el estado, era más bien perseguida, despreciada y desechada, una iglesia de m retires." (Bainton, 1952, pp. 95-96)

Las ideas de los primeros anabaptistas casi no parecen ser revolucionarias en nuestra época de libertad religiosa. Pero, para los católicos y los protestantes tradicionales en el siglo 16, su visión de la iglesia como una "sociedad unida" de cristianos nacidos de nuevo, representaba una amenaza seria a la paz y el orden social. La posibilidad de establecer una iglesia de creyentes, gobernada por Dios y su palabra, hacía que peligrara la síntesis medieval. Si las autoridades dejaban a los anabaptistas predicar y practicar sus doctrinas, corrían el riesgo de disolver totalmente la estructura de la sociedad medieval.

Los protestantes se unieron con los católicos en la persecución de los "botafuegos", como Lutero les llamaba. Nada menos que el mismo Ulrich Zwingli aprobó la orden condenando a Felix Manz, el primer mártir anabaptista, a la muerte por ahogamiento. "Basta que uno examine un himnario anabaptista," escribe Bainton, "para encontrar a lado los nombres de los autores: Ahogado, 1526; quemado, 1526 decapitado, 1527; ahorcado, 1528, etc.'" (Ibíd., p. 101, 105)

A pesar de la oposición, los anabaptistas sobrevivieron y, en algunos sectores, aún prosperaron. El crecimiento de su movimiento se debía indudablemente a su compromiso de

evangelizar. "Cada miembro del grupo se consideraba un misionero," escribe un historiador. "Hombres y mujeres dejaban sus casas para ir en giras evangelísticas. La iglesia establecida, sea católica o protestante, se horrorizaba con estos misioneros de ambos sexos infiltrándose en aldeas y campos. En algunas comunidades de Suiza y el Valle del Rin, los anabaptistas llegaron a ser más numerosos que los mismos protestantes y católicos" (Ibíd., pp. 101-02).

En su busca por la restauración de la cristiandad neo testamentaria, los anabaptistas acabaron con la distinción artificial entre "clérigos" y "laicos" en su comunión. Para ellos el sacerdocio universal de todos los creyentes significaba la igualdad de todas las personas en la comunidad cristiana, con respecto a la función formal. Ninguno tiene una categoría que los demás no tienen. Como resultado de su dedicación al Nuevo Testamento, las iglesias anabaptistas han continuado enfatizando la amplia participación en el ministerio y liderazgo durante los siglos intermedios.

Aunque en su época fueron despreciados y perseguidos por su postura bíblica frente las cuestiones de la iglesia y la sociedad, la historia demuestra a los radicales del siglo 16 como verdaderos profetas de una fe cristiana viva y vigorosa. En cambio, las iglesias estatales protestantes, legadas por Lutero y Zwingli, eventualmente se han desvanecido en la impertinencia. Hoy en día, estas instituciones religiosas gozan de poca influencia en sus propias sociedades. Según una reciente encuesta, por ejemplo, 9 de cada 10 luteranos alemanes admiten que ni asisten a los cultos de su iglesia.

En cambio, los pioneros anabaptistas han dejado un impacto inextirpable en la cristiandad, tanto como en la democracia, en todas partes del mundo. Gracias a su fiel testimonio, se ha despertado en la civilización occidental el entendimiento de tales derechos como la libertad de culto, la separación de la iglesia y el estado, y el servicio militar alternativo. Han transmitido a los evangélicos nuestra visión de una iglesia de creyentes, el bautismo voluntario, y pureza de la vida. No debemos olvidar cuán grande ha sido el costo de la restauración de estas verdades básicas neo testamentarias, comprada con la sangre de los mártires cristianos. Además, debemos darnos cuenta que el mundo jamás ser un lugar cómodo para los que se atrevan a tomar su cruz y seguir a Cristo.

Los evangélicos de hoy en día, que deseen vivir conforme a la verdad del Nuevo Testamento, saldrán adelante si reflexionan en el legado de los reformistas radicales. Estamos de acuerdo con C.E. Brown: "Debo aclarar que, para mí, el término 'cristiano radical' significa un título de honor. . . El cristiano radical es aquel quien rechaza la iglesia de obispos a un lado y la iglesia de príncipes al otro. . . Ha sido una característica histórica de todos los cristianos radicales creer en y trabajar para una restauración de la iglesia apostólica" (op. cit., 33).

Por supuesto, otros movimientos cristianos radicales han aparecido en los siglos intermedios desde la era de la gran Reforma Protestante. Algunos, como el del pietista alemán, Jacobo Spener, se ha edificado sobre los fundamentos del anabaptismo. Otros, como el de Jorge Fox y los Amigos

ingleses, han escogido un principio teológico bien distinto. Sin embargo, todos comparten la misma visión de restaurar la iglesia a la sencillez y la potencia de la era del Nuevo Testamento.

IV. El Ministerio en el Nuevo Mundo

A principios del siglo XVII, el eje de la Cristiandad protestante empezó a cambiarse a una nueva área geográfica: las colonias británicas del Nuevo Mundo. Los inmigrantes europeos empezaron a llegar a Norteamérica por miles para encontrar un tolerante clima religioso en el cual practicar su fe.

En muchos casos, sus opiniones contradictorias los habían alejado de las iglesias establecidas en sus países de origen. Las libertades del Nuevo Mundo le proveyeron un laboratorio creativo para experimentar nuevas formas de alabanza y de administración en la iglesia. Consecuentemente, el Protestantismo en América gradualmente perdió su sello europeo y desarrolló su propio carácter distintivo.

Varios factores históricos determinaron que Norteamérica llegara a ser el primer "Continente Protestante". Los liberianos estuvieron ocupados en colonizar Latinoamérica precisamente en el tiempo en que la Inquisición española estaba purgando ferozmente a esa cultura de todo vestigio religioso no católico. El sur del hemisferio occidental permanecería como provincia exclusiva de Roma por tres siglos más. Asia y el Medio Oriente quedarían esencialmente cerrados a la Cristiandad por el dominio del Budismo, Hinduismo, Shinto y el Islamismo. Oceanía y el sub-Sahara de África eran, todavía, inaccesibles para los europeos.

La primera ola de innovadores en Norteamérica fueron los puritanos, protestantes ingleses de creencia Calvinista. Los precursores de los presbiterianos, congregacionalistas y bautistas, los puritanos se caracterizaron por una intensa experiencia del Dios viviente. Ellos creían en la suficiencia única de la Biblia y buscaban establecer, tanto como fuera posible, el mismo orden en la iglesia que las escrituras enseñan.

Los presbiterianos, guiados por el catedrático de Cambridge, Thomas Cartwright, difirieron con la Iglesia de Inglaterra sobre la costumbre de tener obispos en vez de presbíteros en la iglesia. Los seguidores de Cartwright creían que el ministerio Anglicano no estaba correctamente constituida, de acuerdo a las normas Bíblicas, así como no estaba adecuadamente educada en la tarea de edificar a los santos. Aún más, ellos rechazaron las "ceremonias medievales" que todavía se presentaban en las celebraciones del bautismo y la Santa Cena.

Los congregacionalistas, como los presbiterianos, también querían purificar a la iglesia Anglicana. Para ellos esto significaba que las congregaciones locales podían funcionar como cuerpos independientes; no estaban sujetos a ninguna jerarquía episcopal, sea de obispos o de presbiterios. Los creyentes mismos hacían las decisiones, por voto, en las reuniones locales.

A pesar de su inclinación hacia la democracia, los congregacionalistas todavía dependían fuertemente del clero profesional para la dirección pastoral. La suya era una estructura eclesiástica en la cual todos los creyentes compartían igual derecho, pero asumían diferentes papeles, en la iglesia. Obviamente tal procedimiento parecía ser más práctico, pero la distinción entre los "cleros" y los "laicos" no fue totalmente borrada.

El tercer grupo del Puritanismo, los Separatistas, buscaron liberarse tanto de la iglesia anglicana como del parlamento inglés. Ellos no creían que la iglesia pertenecía a la nación, incorporando a todos los ciudadanos nacidos a ella. Para ser miembro de la iglesia uno debe nacer de nuevo. La familia de las iglesias bautistas eventualmente se desarrolló de la tradición Separatista.

Los bautistas desarrollaron estructuras eclesiásticas más democráticas que los congregacionalistas. En algunas iglesias bautistas primitivas, por ejemplo, cualquier que tenía el Espíritu podía ser el pastor, con la condición de que él fuera llamado por Dios y elegido por la congregación. "Muchos grupos bautistas insistieron en que la educación era totalmente inaplicable al caso de la obra del Espíritu," dicen Dillenberger & Welch. "Los hombres no eran solamente teórico, sino actualmente, igual en Espíritu" (p. 109-10)

Durante el siglo 18, estos tres movimientos puritanos fueron profundamente conmovidos por el primer "Gran Reavivamiento," un reavivamiento que se extendió a las colonias inglesas en vísperas de la Revolución Americana. Bajo la predicación del congregacionalista Jonatán Edwards y los Tennent, padre e hijo, miles de cristianos nominales renacieron y se renovaron espiritualmente. Adicionalmente se fomentó un rápido crecimiento de las iglesias evangélicas, el reavivamiento sirvió para promover la cooperación entre varias denominaciones en un grado jamás visto.

Durante el mismo siglo, el Reavivamiento Wesleyano, iniciado por la predicación de John Wesley, estaba transformando Inglaterra. George Whitefield vino a predicar al Nuevo Mundo, representando el avivamiento inglés. El hizo más que ningún otro para expandir el reavivamiento a través de las colonias. Parte del secreto de su impacto exitoso, fue su insistencia en que el poder del evangelio era más grande que la fidelidad de las denominaciones tradicionales. Predicando en Filadelfia, Whitefield declaró:

"Padre Abraham, ¿a quién tenéis en los cielos? ¿Algún episcopal? 'No.' ¿Algún presbiteriano? 'No.' ¿Tenéis algún Independiente o Separatista? 'No.' ¿Algún Metodista? 'No.' No, no!" ¿A quién tenéis allá? 'No conocemos esos nombres aquí. Todos los que están aquí son Cristianos--creyentes en Cristo--hombres que han sido redimidos por la sangre del Cordero y la palabra de su testimonio.' ¿OH, es éste el caso? Entonces, ayúdanos, O Dios, ayúdanos a todos a olvidar los nombres partidarios y llegar a ser cristianos de hecho y en verdad." (Ibíd., p. 138).

Para preservar el provecho del reavivamiento, Wesley y sus evangelistas "metodistas," organizaron a los nuevos conversos

en "clases" que se reunían semanalmente para orar, estudiar la Biblia y dar su testimonio. El asignó a Francis Asbury como superintendente del movimiento metodista en las colonias americanas. Debido a su facilidad en adaptarse a la vida frontera, la cual demandaba la independencia congregacional y un liderazgo habilidoso, el movimiento metodista llegó a ser la iglesia protestante más grande en América. Su numeroso grupo de "predicadores de circuito" trabajaba, principalmente, como evangelistas itinerantes para las varias iglesias bajo su cargo. Mientras tanto, los ministros laicos desempeñaron las tareas pastorales entre las congregaciones.

En el tiempo del Segundo Gran Reavivamiento, iniciado en los años 1830 por la predicación evangelística del abogado Charles Finney, la tendencia hacia un ministerio laico y la cooperación inter-denominacional se había acelerado. Los laicos fueron animados a compartir un activo liderazgo en las campañas evangelísticas. Las mujeres, tanto como los hombres, eran bienvenidas para participar en las reuniones de oración, a veces llegando a ser líderes espirituales.

Los reavivamientos introdujeron cambios fundamentales en el ministerio protestante americano. "La tradicional predominancia del clero sobre lo espiritual y el trabajo organizado de las iglesias," dice el historiador Timoteo Smith, "rápidamente dio lugar a la expansión entusiasta de la participación laica. El espíritu de la hermandad inter-denominacional . . . llegó a madurar velozmente y atrajo la atención de los más grandes caudillos de la iglesia en el país" (1957, p. 80)

Existiendo esta clase de fermento espiritual, no es extraño que movimientos que deseaban la unidad de la iglesia aparecieran en el escenario americano. Su visión fue de un solo organismo que abarcara a todos los cristianos evangélicos, logrando la restauración del cristianismo puro del Nuevo Testamento. Los movimientos de unidad creían que desaparecerían todas las estructuras jerárquicas que dividían a los cristianos si la Biblia fuera el único reglamento de fe en el Cuerpo de Cristo.

El primero de estos movimientos fue el de los Discípulos de Cristo, fundado a principios del siglo 19 por Alexander Campbell. Por el año 1855 ellos sostenían a más de 100,000 miembros y estaban creciendo rápidamente en la frontera occidental.

En 1825, John Winebrenner dejó la Iglesia Alemana Reformada en Pennsylvania y fundó las Iglesias de Dios de Norteamérica. Su historiador, Richard Kern, relata que Winebrenner "adoptó el plan apostólico, como se enseña en el Nuevo Testamento, y estableció iglesias espirituales, libres e independientes. . . sin ningún nombre humano, o credo, u ordenanzas, o leyes" (1974, p. 45)

Daniel S. Warner recibió su permiso para predicar de las Iglesias de Dios Winebrennerianas poco después de terminar la Guerra Civil, y al momento que una tercera ola de reavivamiento comenzó en los Estados Unidos. El Avivamiento de la Santidad inspiró a Warner a dedicarse a la restauración de la iglesia del Nuevo Testamento, pregonando "la santidad y la unidad." Estas llegaron a ser las palabras

claves del Movimiento Reformado de la Iglesia de Dios, el cual Warner inició en 1880.

Como heredero del Reavivamiento de la Santidad, el Movimiento Reformado predicaba que los creyentes santificados, enteramente dependientes del Espíritu Santo, podían trabajar en perfecta unidad dentro la iglesia. Tal armonía interpersonal restauraría el verdadero sacerdocio de los creyentes. Warner veía innecesaria la organización humana. Propuso "que nosotros ignoramos y abandonamos la práctica de la licencia de predicador, ya que carece de precepto o ejemplo en la Palabra de Dios; que 'queremos ser conocidos por nuestros frutos' en vez que por papeles" (Resolución de Carson City, Michigan, 1881, citado en Smith, J.W.V., 1980, p. 46). Su colaborador, D.W. McLaughlin, escribía de la "Autoridad Reinante del Espíritu Santo" en una edición del periódico reformista de Warner, *La Trompeta del Evangelio*:

"Pues, vemos que la iglesia primitiva no precisaba una sistema hecho de hombres; siendo llenos del Espíritu Santo, lo aceptaban voluntariamente como su maestro y guía. Pero, con el transcurso del tiempo, la iglesia perdió su poder primitivo; la presencia del Espíritu Santo parecía ser menos real. . . La ausencia del Espíritu Santo precisaba la sustitución del otro maestro y guía, un 'eclesiasticismo muerto'. . . que poseía la prerrogativa del espíritu divino" (Byers, 1921, p. 331)."

Los primeros líderes del Movimiento Reformado procuraron confiar exclusivamente en la autoridad de la Palabra y el poder del Espíritu para desempeñar su ministerio. Esta es justamente la fórmula que Jesús había aconsejado adoptar a sus discípulos. También tiene mucho en común con la tradición anabaptista clásica. En realidad, Warner, un año antes de lanzar su reformación, consideró seriamente afiliarse con un grupo anabaptista conocido como la Iglesia Unida Menonita. Anotó en su diario que "nuestros corazones están maravillosamente entrelazados juntos en el amor" (Dieter, 1973, p. 286).

Desafortunadamente, ni Warner ni sus asociados siguieron aplicando las implicaciones prácticas del liderazgo del Espíritu Santo en la iglesia. Por lo tanto, el Movimiento Reformado carecía de una consistente teología del ministerio. Su conducto no coincidía con sus preceptos. El mismo Warner, por ejemplo, se sometió a una ceremonia de ordenación en 1882. Además, él no ofreció ninguna justificación por su cambio de actitud hacia los "papeles clérigos."

Debido a la confusión, el Movimiento Reformado formuló sus normas ministeriales en un vacío teológico. La segunda generación de liderazgo se rindió a las presiones sociales y adoptaron una metodología convencional. Por ejemplo, poco después de la muerte de su fundador, el movimiento publicó una lista de sus "ministros reconocidos", para permitirles el privilegio del descuento clérigo en los pasajes ferroviarios. Para 1917, la distinción entre los cleros y los laicos había alcanzado tal punto que la asamblea general del Movimiento votó para que sea constituido solamente de los "ministros ordenados." De aquí en adelante, la administración de la iglesia quedaría en las manos de la clerecía profesional y

"unos pocos decidirían por la mayoría a causa de la tradición" (Culberson, 1990 May, p. 34).

Un movimiento que verdaderamente ejemplifica los principios del ministerio neo testamentario y que podría unificar a los cristianos evangélicos bajo una bandera, todavía tiene que surgir en Norteamérica. Sin embargo, existen movimientos de creyentes alrededor del mundo que continúan esforzándose para recobrar el cristianismo primitivo de las escrituras. El sueño de revivir la vida de la iglesia del primer siglo en la presente era, se niega en desaparecer.

V. Obreros Eficaces para el Mundo de Hoy

Una vez yo conversaba con un hermano de la India sobre el liderazgo de la Iglesia. Me contó de la forma en cómo la iglesia, en la que él trabaja como pastor y evangelista itinerante, está organizada. Un concilio conformado por unos cuantos ancianos designados de las 400 congregaciones de la iglesia, toman todas las decisiones importantes a nivel nacional. Esta estructura, a mi parecer, daba excesivo poder a pocos miembros de la iglesia y dejaba marginados a la gran mayoría.

"¡Mire!" le interrumpí, "esto no es correcto. Ustedes sigue la forma de gobierno presbiteriano, pero el Nuevo Testamento ordena la forma congregacional para gobernar la iglesia."

El hermano sonrió pacientemente. "No, mi hermano," respondió, "el Nuevo Testamento por nada ordena el gobierno congregacional. El Nuevo Testamento ordena el gobierno del Espíritu Santo."

El hermano indio tiene toda la razón. Una característica fundamental del Nuevo Testamento no es su énfasis en la forma del ministerio. Como señala Albert Gray: "Se observa que ninguna de estas formas (sea episcopal, presbiteriana, o congregacional) puede afirmar la autorización divina; tampoco puede ser condenada ninguna de las formas si se utiliza por el Espíritu Santo."

El concepto neo testamentario del ministerio es, en realidad, una actitud creativa que afirma que todos los miembros del Cuerpo comparten por igual las funciones ministeriales. Los apóstoles, como hemos mencionado antes, calificaban este concepto como "el sacerdocio universal de los creyentes." Donde este concepto se implementa según los principios del Nuevo Testamento, la iglesia prospera como el pueblo de Dios. Donde el concepto se ignora o es pervertido, la iglesia se deteriora en impotencia.

Afortunadamente, los principios del sacerdocio universal de los creyentes, como todos los conceptos teológicos del Nuevo Testamento, no son complicados. El sacerdocio universal simplemente destaca dos verdades cardinales de la iglesia de Dios. Uno, que todos los creyentes son iguales ante Dios y todos tienen igual acceso a Su gracia. Dos, que cada creyente tiene la oportunidad y responsabilidad de servir a Dios en Su plan de redimir al género humano.

Si examinamos la cristiandad occidental en la presente etapa de su historia, admitiremos que relativamente pocas iglesias

son constituidas de tal manera que permita funcionar sin impedimentos al sacerdocio universal. La mayoría ha evolucionado en una jerarquía laica/clerical. Christopher Sugden escribe: "El ministerio laico' en una frase desgraciada. A pesar de que el término 'laico' se refiere al "*laos*," el pueblo de Dios, en el uso coetáneo se le implica un enfoque principiante e inexperto en contraste al profesional adiestrado. Se revela el contexto en que gran parte de la cristiandad se basa, en el contexto de la sociedad de clase media con su preocupación por el profesionalismo y las credenciales."

James Garlow hace eco a este criterio. "Uno de los problemas principales que enfrenta el cristianismo contemporáneo es el de los "laicos desactivados." Muchos piensan en un ministro como una persona ordenada, preparada en el seminario o instituto bíblico, quien se responsabiliza por la predicación pública. Estas definiciones de ministro y ministerio no son bíblicas."

Para corregir esta distinción artificial entre los ministros, y así desencadenar el gran potencial de los dones espirituales de todos los miembros del Cuerpo de Cristo, la iglesia tiene que reformar su concepto del ministerio de acuerdo al modelo neo testamentario. El primer y principal cambio ser abolir la jerarquía laica/clerical.

Igualdad de Sacerdotes

La mejor manera de hacer esto es abolir la ordenación ministerial. Como hemos visto, esta no fue una costumbre en la iglesia del primer siglo, ni es "ordenar" un término netamente neo testamentario. Las palabras griegas que se traducen, como "*ithemi*," "*tass*," "*oriz*" y "*kathistemi*" significan simplemente "nombrar" o "designar." Ocho de las diez veces que estas palabras se usan en el contexto de asignar líderes para ocupar puestos en la iglesia, es Dios quien los nombra. Dos veces dice que la iglesia misma designó a sus líderes, una vez por echar a la suerte, (el caso de Matías en Hechos 1) y una vez por voto de la congregación (vea la discusión de Hechos 14:23 en la primera parte de este estudio.) En ningún caso se menciona que los apóstoles o ancianos "pusieron las manos" sobre los líderes, o que los instalaron en el ministerio.

La Versión Autorizada de la Biblia inglesa, habla de "ordenar" en unos 14 textos y, por tal razón, la palabra se ha popularizado en la iglesia protestante. Además, por la influencia de las iglesias evangélicas misioneras de habla inglesa, la idea de ordenación se ha popularizado en todas partes del mundo. Sin embargo, la Versión Autorizada es, en parte, un producto de las perspectivas culturales y teológicas de sus traductores. Por eso, debemos reflexionar en esta cuestión: ¿significa la ordenación hoy en día lo mismo para metodistas filipinos y pentecostales brasileños lo que significaba para los anglicanos en 1611?

Evidentemente que no. Un amigo mío ha trabajado de misionero varios años en el África. Se frustró por los problemas que surgieron al aplicar el sistema episcopal tradicional a una iglesia orientada a la cultura del tribalismo. Al final de cuentas, dejó su misión para trabajar independientemente. "El ministerio episcopal podría funcionar

bien en Inglaterra," me dijo una vez, "pero no es, en ninguna forma, adaptable a la cultura africana."

La ordenación es, en realidad, una costumbre basada en la tradición, no en el precedente bíblico. Además, esa tradición incluye elementos teológicos antipáticos al cristianismo bíblico, como las ideas paganas del sacerdocio, la doctrina de la sucesión apostólica, y el sacerdotalismo medieval.

Pero, el peligro más grave de la práctica de la ordenación es la distinción artificial que se crea entre "laicos" y "clérigos." Ha fomentado una actitud superior entre los ministros ordenados que ocupan los púlpitos mientras los laicos que ocupan los bancos se han resignado al papel de "espectadores aficionados." Ha restringido a la gran mayoría de los creyentes de ejercer sus dones espirituales para edificar el Cuerpo de Cristo. Ciertamente, Jesús no quería que tal jerarquía existiera en la iglesia, según sus declaraciones en Mateo 23:8.

Históricamente, los reavivamientos y reformas radicales representan un contraste a esta clase de "cristianismo cultural." En muchos casos, los movimientos radicales no capturaron la imaginación popular de sus épocas; a veces tampoco atrajeron a grandes números de seguidores. Sin embargo podemos afirmar una contribución única de los cristianos radicales: a pesar de ser poco numerosos y enfrentar obstáculos difíciles, han logrado más que todos los grupos tradicionales en restaurar en la iglesia a la fe bíblica. Este hecho se debe, en gran parte, a su habilidad de movilizar a todos los miembros del Cuerpo--profetas, evangelistas, pastores y maestros, hombres y mujeres, los pobres y los hidalgos--a realizar la obra del ministerio.

El ejemplo de estas reformas radicales contradice la pretensión de que el ministerio profesional es indispensable para el funcionamiento eficiente de la iglesia. Había una época, por supuesto, en que los ministros obligadamente tenían que portar una credencial profesional para predicar la Palabra. Esto ya no es necesario en la mayor parte del mundo. Por ejemplo, los Hermanos Libres, los Amigos y los Discípulos de Cristo, entre otras iglesias, no reconocen la ordenación ministerial, pero esto no les ha impedido trabajar en ningún país del mundo donde las leyes permiten la evangelización. Tales libertades son legados del cristianismo radical, que primeramente desafió la síntesis medieval y preparó el camino para la actual separación de la iglesia y el estado.

Un Ministerio del Primer Siglo para la Iglesia del Siglo Vigésimo primero

Si todavía una iglesia desea extender una credencial formal a sus ministros, sería aún mejor cambiar la terminología. Seguramente, se puede utilizar una mejor palabra que "ordenado" para expresar el concepto neo testamentario del ministerio. "Designado" y "comisionado," por ejemplo, son términos que más propiamente expresan la situación de los líderes de la iglesia primitiva. Los mencionados Hermanos Libres nombran "obreros encomendados" a los ministros itinerantes que sienten el llamado de trabajar fuera de sus congregaciones locales. Esta credencial asegura que la persona goza de aceptación en el nuevo rea de trabajo, mientras enfatiza su responsabilidad mutua con su congregación de

origen. Desde el punto de vista del Nuevo Testamento, no hay más que dar o conferir la credencial ministerial.

Pero si cambia o no la terminología, la iglesia que desea trabajar de acuerdo con los principios neo testamentarios debe ser fiel al concepto neo testamentario del ministerio. Esto significa, en primer lugar, que la credencial del ministro sea otorgada y mantenida por su congregación de origen. En segundo lugar, el reconocimiento debe ser provisional, cesando con el cumplimiento de la tarea específica por la que fue cedida.

Las iglesias anabaptistas modernas ofrecen el mejor ejemplo de la adaptación, de los principios neo testamentarios, al proceso de identificar y recomendar a ministros para trabajar a tiempo completo en la iglesia. El Manual del Liderazgo de la Conferencia Menonita de Canadá Oriental representa una reflexión profunda en el concepto bíblico del ministerio:

"El ministerio es la responsabilidad y actividad de toda la iglesia. Cristo ha dado variedades de dones para el beneficio común de la iglesia. . . . Congregaciones deben trabajar intencionalmente para descubrir, alentar y afirmar dones del liderazgo y apoyar a estos mientras se comprueban o usan sus dones en la congregación. . . . El candidato debe: sentir claramente que está siguiendo a Cristo, tener el llamado al ministerio y estar dispuesto a entrar en un pacto mutuo con la congregación y la Conferencia."

En cuanto al segundo principio, el del carácter provisional de reconocimiento ministerial, los menonitas aclaran que, muchas veces, la tarea eclesiástica dura solo por una temporada:

"La ordenación pierde su sentido cuando carece de un don (la habilidad de uno o el sentir la llamada de Dios) o de una tarea (una función reconocida por la iglesia). Mientras que, en el pasado, el término "ordenación" incluía la idea de la designación al ministerio para todo el transcurso de la vida, de ahora en adelante usamos el término para expresar una asignación que abarca solo el período del ministerio. . . . Cuando se cumple la tarea o vence el tiempo convenido del trabajo, la ordenación caduca."

El reconocimiento provisional de las tareas ministeriales es, particularmente, adaptable a los crecientes movimientos de pueblos que están apareciendo, hoy en día, en muchas partes del mundo. La expansión acelerada de estos movimientos requiere que un gran porcentaje de los miembros de la iglesia ocupen puestos de liderazgo dentro de la congregación. Por ejemplo, el secreto del crecimiento continuo en las iglesias pentecostales en América Latina, las cuales ahora cuentan con tres de cada cuatro creyentes protestantes en el continente, su estrategia es de que "cada uno gana uno" y su compromiso de orar sin cesar. La organización de las iglesias depende mucho del ministerio de los laicos, o sea el laos. Se requiere que cada convertido, dentro de 10 días de su conversión, traiga a un amigo no creyente al culto. Todas las decisiones importantes de la congregación se toman durante reuniones colectivas de oración.

La demanda de líderes en las iglesias, que crecen rápidamente, muchas veces obliga a los ministros a desempeñar un papel pastoral por tan poco tiempo, como de un año. Muchas veces, los ministros continúan en trabajos seculares para mantener a su familia. Tales ministros "dúo-vocacionales" ocupan los puestos principales en estas iglesias.

Un ejemplo es la Iglesia de Dios de Bolivia, un movimiento del pueblo rural que ha fundado unas 140 congregaciones durante los últimos 25 años sin depender de un solo pastor asalariado. En esta organización, un cuerpo de diáconos, elegido anualmente por los miembros de la congregación, comparte las tareas pastorales. La iglesia les otorga una licencia ministerial, si las autoridades civiles de su comunidad la requieren, que fenece al cumplir el año de trabajo.

Por supuesto, el renunciar temporalmente a una tarea en la iglesia no significa que uno ya no es ministro. El cristiano no puede renunciar al sacerdocio universal de creyentes. La credencial provisional para líderes en la iglesia es simplemente un testimonio de esta realidad. Declara: "Aquí es donde Dios quiere que yo trabaje para El durante esta temporada de mi ministerio. Quizá ser una tarea perpetua, quizá no. De todos modos estoy dispuesto, con poco tiempo de aviso, a cambiar mi situación en la iglesia y mi profesión en el mundo."

Obviamente, este no es el concepto tradicional del ministerio en el que se basa la noción del "llamado perpetuo." En realidad, es un mejor concepto. Como la misma Biblia, es aplicable a toda cultura o sociedad en cualquier parte del mundo. Además, permite a todos los ministros de Dios que sean los que trabajen a tiempo completo, o los que trabajen dúo-vocacionalmente, desarrollando sus dones espirituales al máximo.

"Pocas cosas más se han hecho para privar a los laicos de su ministerio que el llamado clérigo para ser un pastor," dice Paul Johnson. "Los laicos han de suponer que no tienen la llamada o, si la tienen, es una llamada inferior. Un entendimiento bíblico del laos no permite tales distinciones."

Si examinamos la evidencia bíblica e histórica, tendremos que admitir que muchas de nuestras ideas del ministerio cristiano están basadas en la tradición popular y no en las escrituras reveladas. También tendremos que reconocer el defecto contraproducente de la jerarquía de cleros y laicos, el error de exaltar a un grupo selecto de ministros cristianos sobre la mayoría, y la libertad gloriosa de los hijos de Dios que caracterizaba a la iglesia neo testamentaria. Sobre todo, tendremos que seguir la visión de esos creyentes sencillos que, durante los siglos intermedios, han permanecido fieles a la Palabra.

¿Será nuestra generación fiel a la visión de la verdadera, bíblica iglesia de Dios, permitiendo que el nuevo vino del Espíritu Santo rompa los odres viejos de la tradición humana? ¿Veremos en nuestros días un avivamiento que transforma a personas, comunidades y países enteros, como han visto los fieles que han ido por nuestro adelante? Pues, las respuestas a estas preguntas dependen de ti y de mí, y de nuestra fidelidad a la visión celestial de hacer discípulos de todas las naciones.

Bibliografía

Libros

- Brooks, John P. (1891) *The Divine Church*. Reprinted 1960, El Dorado Springs, MO: Witt Printing Co.
- Brown, Charles E. (1947). *The Apostolic Church: A Study in Historical Theology*. Anderson, IN: Gospel Trumpet Co.
- _____ (1951) *When the Trumpet Sounded*. Anderson, IN: Warner Press.
- Byers, A.L. (1921) *Birth of a Reformation*. Guthrie, OK: Faith Publishing.
- Byrum, Russell R. (1925) *Christian Theology*. Anderson, IN: Warner Press.
- Chadwick, Henry. (1976). *The Early Church*. London: Cox & Wyman Ltd.
- Chirinos, Cristian. ¿Congregados en cual nombre? in Neal R. Thompson (Ed.). *El Lugar de Su Nombre. (The Place of His Name)*. Caracas: Editorial La Voz en el Desierto, pp. 42-46.
- _____. *El gobierno en las iglesias*. in Neal R. Thompson (Ed.). *El Lugar de Su Nombre. (The Place of His Name)*. Caracas: Editorial La Voz en el Desierto, pp. 112-116.
- Clarke, Arthur G. (1962). *New Testament Church Principles*. Kilmarnock: John Ritchie Ltd.
- Coppedge, Alan. (Spring, 1979). class notes, "Theology of John Wesley". Wilmore, KY: Asbury Theological Seminary.
- Dieter, Melvin. (1973). *Revivalism and holiness*. Ph.D. dissertation. Philadelphia: Temple University.
- _____. (Ed.) (1984) *The Church: An inquiry into ecclesiology from a Biblical theological perspective*. Anderson, IN: Warner Press.
- Dillenberger, John & Claude Welch. (1954). *Protestant Christianity*. New York: Charles Scribner's Sons.
- González, Justo L. (1970) *A History of Christian Thought*, vol. I-III. Nashville, TN: Abingdon.
- Gore, Charles. (1886). *The Church and the Ministry*. London: SPCK.
- Gray, Albert F. (1944). *Christian Theology*. Anderson, IN: Warner Press.
- Jackson, S.M., et. al. (Ed.) (1912-29). *Latin Works of Ulrich Zwingli*, vol. 3. Philadelphia: Fortress Press.
- Jones, E. Stanley. (1955). *Mastery*. Nashville, TN: Abingdon.
- Kern, Richard. (1974) *John Winebrenner, Nineteenth Century Reformer*. Harrisburg, PA: Central Publishing House.

Line, John. (1959). *The Doctrine of the Christian Ministry*. London: Lutterworth Press.

Newell, Arlo F. (1983). *The Church of God as Revealed in Scripture*. Anderson, IN: Warner Press.

Porter, H.B. (1967). *The Ordination Prayers of the Ancient Western Churches*. London: SPCK.

Schweizer, E. (1961). *Church Order in the New Testament*. London: SCM.

Smith, C. Henry. (1981). *Story of the Mennonites*. Newton, KS: Faith and Life Press.

Smith, John W.V. (1980). *The Quest for Holiness and Unity*. Anderson, IN: Warner Press.

Smith, Timothy L. (1957). *Revivalism and Social Reform: American Protestantism on the Eve of the Civil War*. Nashville: Abingdon Press.

Taylor, William D. & Emilio A. Nuñez. (1989) *Crisis in Latin America, an Evangelical Perspective*. Chicago: Moody Press.

Unger, Merrill F. (1957). *Bible Dictionary*. Chicago: Moody Press.

Warkentine, Marjorie. (1982). *Ordination: A Biblical-Historical View*. Grand Rapids, MI: Eerdmans.

Artículos y Documentos

Bassett, Paul M. (1984) *Western ecclesiology until about 1700*. In Dieter, M., (Ed). *The Church*. Anderson, IN: Warner Press.

Culberson, Ron. (1990, May) *The general assembly: needed changes*. *Vital Christianity*. pp. 34-35.

Garlow, James. (1984). *The layperson as minister*. In Dieter, M., (Ed). *The Church*. Anderson, IN: Warner Press.

General Assembly of the Church of God. (1917, 14 June) *Minutes*. Anderson, IN: School of Theology Archive.

_____. (1918, 22 June) *Minutes*. Anderson, IN: School of Theology Archive.

Strege, Merle. (1989, January). *A helpful history, a hopeful future*. *Vital Christianity*, 109/1, pp. 26-27.

_____. (1989, July). *The birth of agencies: blessing or bane?* *Vital Christianity*, 109/7, pp. 34-35.

Sugden, Christopher. (1989, November). *Empowering the powerless, a Biblical exposition of lay ministry*. *World Christian*, pp. 20-23.

Wattenberg, Daniel. (1990, July 16). *Protestants create an altered state*. *Insight*, pp. 8-15.